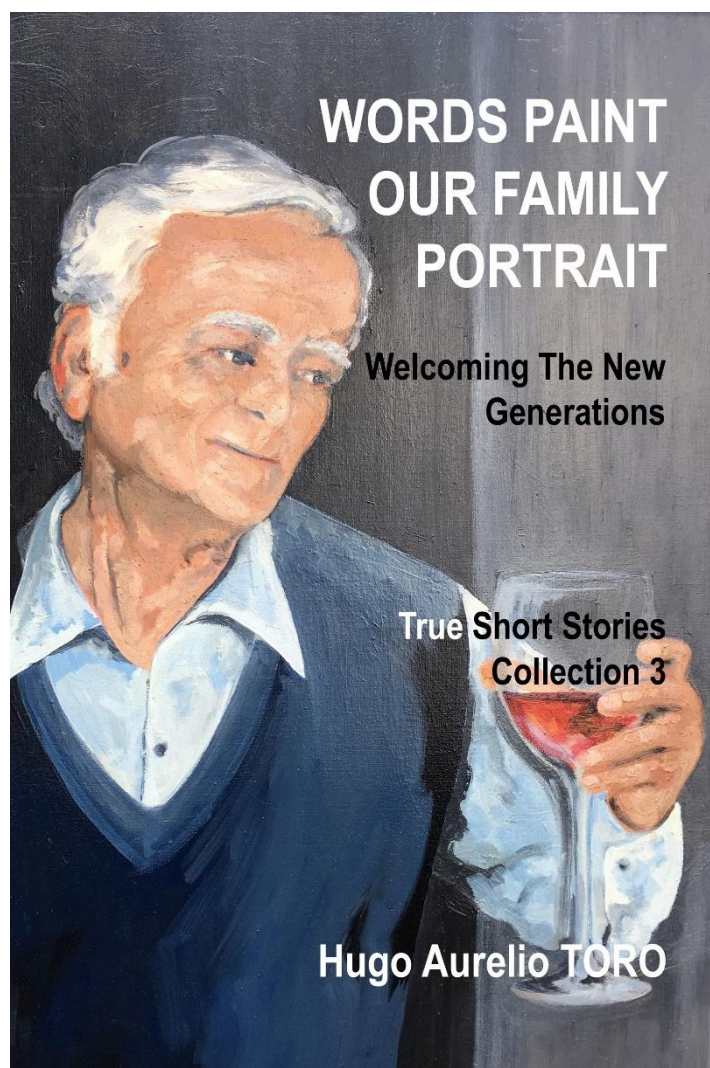


Un relato corto de esta colección.



Derechos de autor © Hugo Aurelio Toro 2024

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, fotocopiado o de otro tipo, sin permiso previo por escrito del autor.

Portada de Hugo Aurelio Toro. Fotografía original del retrato de Alice Cerni.

Las fotos familiares son propiedad de Hugo Aurelio Toro.

La colección completa se encuentra utilizando:

ISBN 978-1-7635105-5-5 Libro electrónico

ISBN 978-1-7635105-8-6 tapa blanda

3.5) El Fallecimiento de un Señor

Un relato corto de Hugo Aurelio Toro



Hugo Fernando Toro (1934 a 2017)

El señor Toro, como prefiere que le llamen en broma, o 'abuelito' por sus nietos, tiene ochenta y tres años y está en su último año de vida. Ha vivido una vida larga y saludable. Ese día, llama a su hijo mayor por el móvil en pánico, a las 11 de la mañana. Está débil y no puede levantarse de la cama, lo que le asusta. Su hijo Hugo puede oír la urgencia en su voz. Hugo deja su tarea laboral, pone una excusa y corre a casa de su padre. La puerta está sin llave, así que se deja entrar. Se toma un momento para recuperar el aliento al entrar en el dormitorio. Padre levanta la vista de su cama con una expresión que susurra: *'hemos llegado a esto.'*

Los saludos son solo por contacto visual, y el hijo se acerca más al padre. Extiende un brazo para que padre lo agarre. Con ayuda, el padre se sienta al borde de la cama, su figura delgada más evidente al salir de las sábanas ordenadas. Hugo entonces tomó su antebrazo con una mano y se levantó de la espalda de su padre con la otra. El señor Toro se incorpora con facilidad, su cuerpo ligero apenas resistiendo. Se estabiliza sobre sus pies y mira a su hijo a los ojos con una sonrisa.

'Eres un hombre fuerte', dijo con voz suave. Su comentario es un hecho, y también transmite orgullo hacia su hijo, que Hugo acepta con gracia.

Hugo entonces prepara la comida para dos. Desgraciadamente, el apetito es escaso y la sopa es todo lo que su padre consume estos días. Después de comer, el señor Toro se sienta en su sillón retro de cuero reclinable. La televisión está programada para las noticias 24 horas de ABC. Normalmente le gusta hablar de los titulares de las noticias. Le encantaba analizar las noticias y los acontecimientos mundiales. Esa mente inquisitiva se contagió a su hijo. Gracias al ejemplo de su padre, nunca se deja engañar por noticias falsas ni propaganda. Esta vez, el padre guarda silencio.

Hugo se queda por la tarde y ponen una película en el reproductor de DVD. La película favorita del señor Toro es 'Adivina quién viene a cenar' de Sidney Poitier. Normalmente comparte sus pensamientos sobre el racismo, pero esta vez no. Observa en silencio, sin comentarios ni observaciones agudas.

El señor Toro está realmente agotado mental y físicamente.

Una familia unida

El señor Toro (Hugo Fernando) tiene constantemente a su alrededor a su familia y amigos que se preocupan por él. Desde joven, sus valores familiares, su personalidad cautivadora y su aguda agudeza aseguran que esté acompañado.

Alice, una dama sofisticada de Sídney, es su acompañante. Ambos son viudos y amigos de toda la vida. Ella le visita regularmente, viaja en autobús desde Sídney y él pasa tiempo con ella en su apartamento en Bondi. Sanas y en forma en sus setenta años, viajan juntas por el mundo.

Su otro hijo, David, vive con su padre y contribuye pagando la manutención. Su propia relación de padre e hijo es profunda.

David tuvo un desafortunado accidente en el juego cuando tenía siete años. Los chicos saltaban una fila de grandes tuberías de hormigón al lado de una carretera. Su hermano Hugo tenía mayor alcance y saltaba con seguridad de un tubo a otro. David resbaló y se golpeó la cabeza con fuerza contra la tubería de hormigón.

El padre recuerda haber llevado a su hijo al hospital mientras David iba y venía de la conciencia en sus brazos. Hubo un momento terrible en el trayecto en taxi, cuando pensó que perdería a su hijo. David se estabilizó bien en el hospital y se recuperó de la conmoción cerebral. Desgraciadamente, se quedó con problemas relacionados como quedarse en blanco y pérdida de memoria.

La hija Paulina también tiene un fuerte vínculo con su padre y le visita desde otros estados cuando puede. Toda su familia, su marido, tres hijas y dos nietos se alojan en casa de su padre. Inyectan vida y risas a la casa. La hija menor, Patricia, está ausente y la familia rara vez la ve. Está lidiando con sus propios problemas complejos en otra ciudad.

La nieta Drina, que vive cerca, lleva a sus hijos a ver al 'abuelito' por las tardes. Llega con una comida precocinada o un pollo asado a medias. Después de cenar, los nietos se sientan a cada lado del abuelo disfrutando de un helado.

El hijo mayor, Hugo, visita al menos tres veces por semana. Sus propios valores familiares no le permiten descuidar a su padre a pesar de tener otros compromisos.

Historias del pasado

Hugo Fernando Toro y Carmen Luisa Mouat se conocieron a finales de los años 50 en un colegio técnico de Santiago, Chile. Eran jóvenes estudiantes y se enamoraron. Se casaron en enero de 1960 y formaron una familia.

Hugo y Carmen, siendo jóvenes decididos y valientes, compraron un terreno vacío en las afueras de Santiago, en el distrito de La Florida, poco después de casarse. Los hermanos de Hugo eran constructores experimentados y construyeron una casa para ellos en esa propiedad suburbana. Tuvieron cuatro hijos en esa década: Hugo, David, Paulina y Patricia.

Los cuatro niños pequeños, a finales de los años 60, siempre acompañaban a sus padres en las visitas familiares. La pareja estableció la norma de ir a todas partes con los niños, fortaleciendo los lazos familiares. Las familias eran numerosas, siendo Carmen la mayor de cinco hijos y Hugo el menor de once. Naturalmente, los niños estuvieron expuestos a relatos familiares e historia alrededor de la mesa del comedor. El hijo mayor, Hugo, prestó atención a las historias familiares.

En una de estas reuniones familiares, Hugo y sus hermanos supervivientes (Teofila, Galvarino, Ernesto) están en modo narrativo. Recuerda un incidente en casa, que ocurrió cuando tenía diez años en 1944. Sus hermanos que estaban allí escuchaban en silencio su historia.

Había un hombre débil y frágil quedándose en casa. Madre cuidaba de él. Él estaba a su lado mientras doblaba la ropa.

'Hijo, ven', llegó la llamada del hombre frágil en el dormitorio. Hugo ignoró la llamada.

'¿Por qué no vas a ver a tu padre?', fue la petición de su madre.

'¡Él no es mi padre, aya está mi padre!' Respondió Hugo y señaló una foto en la pared de un apuesto marinero en uniforme.

Fue el mismo hombre, José Cosme Toro, que había estado en el mar, que regresó enfermo para terminar su vida en casa. Hugo explicó además que, de niño, confundía a su hermano mayor con su padre, ya que su verdadero padre estuvo en el mar durante largos periodos mientras crecía.

La foto de José con su uniforme de marinero colgaba en la pared de una familia hasta la actualidad. Aún reflexionando sobre su juventud, Hugo empezó a recordar sus días en la escuela primaria. Surgió un trauma profundo que solo podía hablar con familiares cercanos.

Tenía unos doce años y asistía a un colegio católico. Vio a uno de sus hermanos a lo lejos rodeado de matones en los terrenos del colegio. Su hermano estaba de pie sobre un montículo de tierra buscando una ventaja de altura. Sin dudarlo, el joven Hugo corrió a ayudarlo. Al entrar corriendo, uno de los matones resultó herido. Los dos hermanos se encargaron entonces del resto, enviándolos a huir.

Por su papel en la lucha y por haber herido a un niño, los sacerdotes impusieron el castigo. Desnudo y atado a un poste en medio del óvalo escolar, soportó el frío y la humillación, permaneciendo allí todo el día. Nadie podía acudir a su rescate.

Ese fue el día en que a Hugo le quitaron la fe. Fue desconvertido, por así decirlo, por las acciones de los sacerdotes. Creciendo agnóstico, aprende a respetar la fe religiosa en la familia y los amigos, pero no es para él.

Uno de los hermanos en la mesa, Ernesto Justiniano Toro, que es un hombre de familia atento y amante de la música de tango, rompe el silencio. Llevó a los de la mesa al recuerdo de una Navidad reciente. Se refirió a un viejo amigo del colegio que todos los hermanos deberían reconocer, y ellos asintieron con complicidad.

Ernesto subió a un autobús abarrotado para volver a casa a última hora de la tarde, después de las compras navideñas. Estaba en el pasillo del autobús, sosteniendo una bolsa llena de regalos en un brazo y sujetando la correa del techo con la otra mano. El autobús se detuvo, subiendo y bajando pasajeros.

Se sobresaltó al ver a alguien que tiró con fuerza de la bolsa de regalo. Se mantuvo firme y luego miró al hombre a su lado. Sabía que si soltaba la bolsa, los regalos desaparecerían cuando ese hombre saltara del autobús. La lucha por los regalos continuó.

En ese momento, un caballero bien vestido subió al autobús y se acercó a ellos. Al estar junto a ellos y con voz firme pero tranquila, ordenó: *'basta/basta'*. Al instante, el ladrón soltó la bolsa de juguetes y salió del autobús.

'Hola amigo, como estás - Hola, amigo mío, ¿cómo estás?' dijo el caballero.

Ernesto miró detenidamente al hombre, reconociendo rasgos familiares. De hecho, era su viejo amigo del pasado.

Se entiende que esta es una historia sobre diferentes caminos de vida. Se cuenta con precisión y sabiduría.

Integración en una nueva tierra

En su mediana edad, sus viajes de vida llevaron a Hugo, a su esposa Carmen y a sus cuatro hijos a Australia en 1970 en una migración especializada. La mudanza es valiente, y empiezan una vida en una nueva tierra con entusiasmo y esperanza.

En el albergue de migrantes, Hugo y Carmen mantienen fuertes amistades con otros migrantes, como ya habían hecho con sus propios hermanos y hermanas en casa. Hugo no es el alma de la fiesta, de hecho, es reservado pero buen oyente. Se enorgullece mucho de estar social y políticamente informado y interviene con el argumento justo. Seguro que enriquecerá la conversación.

Valora la amistad y, en cualquier oportunidad, se reúne con amigos para ponerse al día tomando un café o una copa de vino. Prefiere visitas cortas y, en broma, Carmen se refiere a ellas como visitas médicas. Los niños asisten a estas visitas con la pareja y establecen sus propias amistades con la generación más joven. Hugo dio un ejemplo notable sobre el valor de la amistad genuina.

Hugo intentó hacer trabajos manuales, como deben hacer todos los migrantes. Decidido a no quedarse atrapado en las bandas de carretera, se esforzó por mejorar con clases de inglés y titulaciones terciarias.

Hugo obtiene su título de constructor y ejerce su oficio durante 20 años en Adelaida, Sídney y Canberra, con un gran éxito personal. A principios de los años 80, construye él mismo la casa familiar de sus sueños. Es una casa destacada, aunque modesta, de ladrillo blanco con techos inclinados. La casa es contemporánea y fue diseñada por su hijo mayor, que tiene un gran interés por la arquitectura moderna.

A mediados de los años 80, la familia acepta la enfermedad de la madre. Carmen logra disfrutar de su nuevo hogar, pero tristemente fallece por insuficiencia renal y otras complicaciones. Hugo lamenta la pérdida de su esposa durante varios años. Cuando los niños alcanzan la mayoría de edad, decide vender la casa familiar porque sin Carmen ya no es un lugar feliz para él.

Una voluntad de vivir, una determinación de morir

En sus últimos años, este anciano de la familia (el señor Toro para sus amigos) recibe a nietos y bisnietos en su hogar con entusiasmo y calidez. Su salón se llena de personas de todas las edades en conversación activa. Su mesa de comedor está completamente extendida para atender a los invitados. En su cumpleaños se reúne una multitud formada por sus hijos, nietos, bisnietos, parejas y amigos.

'Abuelito, abuelito, abuelo, abuelo' es el llamado común en su casa cuando los niños buscan su atención. Sus brazos se estiran sobre los hombros de los niños mientras los mantiene en conversación.

A los ochenta y un años, al señor Toro le diagnostican cáncer de estómago. Esta figura paterna frágil y envejecida sorprende a la familia con su voluntad de vivir de forma independiente. Luego, con la complejidad de un hombre experimentado, asombra a su familia con su valiente determinación de morir.

Quiere que su hijo mayor esté a su lado, ya que ambos tienen una fuerte amistad. Juntos, visitan al cirujano para prepararse para la operación de estómago. El cirujano les informa de que hay un tumor creciendo en la parte superior del estómago que bloquea el flujo de alimentos. El cirujano está seguro de que puede extirpar el tumor para prolongar la vida del padre. Sin embargo, existen riesgos debido a su edad. Por suerte, se ha mantenido sano. Su peso es medio para su altura, y hace ejercicio cada noche paseando por el barrio. Su perspectiva es positiva.

La operación está programada y la familia está a su lado. Se despierta de la cirugía cansado y un poco confundido. En pocos días, su mente está despejada y recupera sus niveles de energía. Se levanta de la cama y camina antes de lo esperado. El cirujano le felicita, ya que incluso los pacientes más jóvenes se toman su tiempo para ponerse en pie. La familia conoce bien a padre, y esta muestra de determinación es típica de él, es 'mente sobre materia'.

Inevitablemente, su cuerpo es débil y se siente inestable sobre los pies, por lo que deja de caminar a diario. Reconociendo su sensación general de fragilidad, solicita una reunión con la familia. La hija Paulina viaja desde otro estado con poca antelación. El hijo menor, David, está cerca. También asiste una enfermera asignada al hospital a la reunión.

La familia se sienta en su salón en semicírculo a su alrededor y espera sus palabras. El sol del norte se filtra a través de las cortinas de encaje, entrando en la habitación por las grandes ventanas. De espaldas al sol, el señor Toro apareció en silueta.

Anuncia que quiere quedarse en casa el mayor tiempo posible. Se resigna al hecho de que está muriendo y expresa sus deseos de un final digno. Los cuidados paliativos están en sus planes. Siendo profundamente organizado, a su manera habitual, ha adelantado las reservas. Todos los ojos de la sala se llenan de lágrimas.

Para su hijo mayor, el plan parece bastante específico. Cuestiona qué perspicacia tiene padre, que la familia no tenía. Presiona a su padre sobre los límites de tiempo pidiéndole que lo aclare.

'Conozco mi cuerpo; Es hora', dijo padre.

Pasa menos de un mes y el señor Toro es ingresado en el Hospicio Clare Holland en el lago Burley Griffin. Durante una semana permanece consciente y hablador. Familiares y amigos visitan y le cogen de la mano. Ya no come ni bebe. Solo pide que se enrolle hielo en la boca.

La enfermera responsable tiene la intención de administrarle líquidos por goteo, pero él se niega. Cuando ella insiste, el padre se vuelve hacia su hijo mayor con una mirada larga. Esa fue la señal para intervenir en nombre de su padre y reafirmar sus deseos. Él hizo exactamente eso, luego se apartó, y la familia vio cómo el padre se desvanecía poco a poco. La morfina lo deja completamente inconsciente y falleció a primera hora de la mañana siguiente.

Cuando su hijo Hugo llega al hospicio, Alice está al lado del padre. Está en estado de shock y es invadida por una profunda tristeza. Hugo se acerca a la cama y se coloca junto a Alice, reconociendo su dolor. Coloca la mano en la fría frente de su padre para despedirse.

Su hijo sale solo para estar con sus pensamientos. El hospicio está situado junto al lago, con jardines bien cuidados que ofrecen un lugar tranquilo para estar con tus pensamientos. El invierno en Canberra es punzante esa madrugada, y los rayos del sol rozan la superficie del lago. Enmarcada por ramas de los sauces llorones, la niebla fresca descansa tranquila en la orilla del lago y se eleva suavemente. Un kayakista rema a su lado, cortando las capas de niebla blanca.

La escena tranquila refleja de alguna manera el pacífico fallecimiento de su padre.

Compartiendo sus bienes

La hija Paulina y su hijo Hugo son los albaceas del testamento del padre y luchan con el sistema legal durante seis meses. La generosidad del padre hacia sus hijos es justa y está claramente documentada, por lo que no hay disputas, pero el sistema legal es un misterioso túnel oscuro.

Su amigo de la universidad George, que está formado legalmente, les ayuda con los distintos formularios de sucesión. George comenta que los formularios están diseñados por abogados para abogados. El proceso de solicitud de sucesión, basado en papel, está lleno de jerga legalista, de una época pasada. Finalmente se concede la sucesión y, inmediatamente después, la casa del padre se pone a la venta. En la subasta, aceptan una buena oferta.

Los objetos de valor del señor Toro se reparten entre los miembros de la familia. Todos tienen algo de este anciano que les recuerda su buen ánimo.

Mientras su casa es despejada de sus pertenencias, en el armario permanecen los zapatos gastados del señor Toro. Los zapatos Florsheim de cuero negro estilo business están muy pulidos pero arrugados y finos por años de uso. Sus zapatillas están distorsionadas por sus paseos nocturnos diarios por el barrio.

Se quedan en el armario hasta casi la entrega, ya que hablan de llevar a un hombre lejos en su viaje vital.